

AVIA en este entretanto buelto Dorotea en sí, y avia estado escuchando todas las razones que Lucinda dixo, por las quales vino en conocimiento de quien ella era; Y viendo que Don Fernando aun no la dexava de los brazos, ni respondia à sus razones, esforçándose lo mas que pudo, se levantò, y se fuè à hincar de rodillas à sus pies, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lagrimas, assi le començò à dezir.

Si ya no es, Señor mio, que los rayos deste Sol, que en tus brazos eclipsado tienes, te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya avràs echado de ver, que la que à tus pies està arrodillada, es la fin ventura (hasta que Tu quieras) y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, à quien tu por tu bondad, ò por tu gusto quisiste levantar à la alteza de poder llamarse tuya. Soy la que encerrada en los limites de la honestidad, vivió vida tan contenta hasta que à las voces de tus importunidades, y al parecer justos y amorosos sentimientos, abrió las puertas de su recato, y te entregò las llaves de su libertad: Dàdiva de ti tan mal agradecida, qual lo muestra bien claro aver sido forçoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo à ti de la manera que te veo; pero con todo esto no querria, que cayèsse en tu imaginacion, pensar que he venido aqui con passos de mi deshonra, aviéndome traydo solos los del dolor y sentimiento de verme de ti olvidada. Tu quisiste que yo fuèsse tuya, y quisistelo de manera, que aunque aora quieras que no lo sea, no ferà possible que tu dexes de ser mio. Mira, señor mio, que puede ser recompensa à la hermosura y nobleza por quien me dexas, la incomparable